
LA COMARCA

CONJUGANDO los factores naturales con los humanos, el paisaje natural con el modificado, Almería se nos ofrece como región de los grandes contrastes.

Cruzada la provincia por ásperas y descarnadas sierras, que siguen una dirección francamente paralela (Sierra Nevada, Sierra de Filabres, Gador, Alhamilla, Gata, Estancias, María) la montaña es el factor dominante en la morfología provincial. Estas sierras, pese a su altitud, se nos presentan a modo de lomas extendidas sobre las que ascienden con facilidad, sobre las que destacan, a modo de islas, los picos más elevados (Almirez, 2.500 m; Titica de Bacaes, 2.080 m.)

No es la montaña, pese a su gran extensión, factor decisivo desde el punto de vista geo-humano. No existe paisaje, ni género de vida, ni hábito de montaña. Desprovistas las sierras del tapiz vegetal que en otros tiempos las recubría, una intensa erosión ha dejado el roquedo al descubierto. Solamente pequeñas formaciones de castaños de Sierra Nevada recuerdan el paisaje montañoso, a cuyas formaciones podemos unir las modernas repoblaciones de pinos, aun de pequeño tamaño. Apenas si existe poblamiento permanente. Los poblados se asientan en los valles, al pie de las faldas y solamente pequeños cortijos se ven habitados durante la primavera y verano, hasta el límite altitudinal de los 1700 metros. Recogidos los cultivos (de secano), regresan al centro urbano. La escasez de pastos, debido a la sequedad del verano, apenas si permite la trashumancia de los ganados de la costa.

En franca oposición, la esterilidad de las sierras, contrasta fuertemente con la fertilidad de los valles, allí donde la presencia del agua hace posibles los cultivos. La benignidad del clima (medias térmicas elevadas, luminosidad y humedad relativa de la atmósfera), unido a las aguas (superficiales o subterráneas), captadas y distribuidas por acequias, da lugar a formaciones de cultivos, ya tradicionales, como los famosos emparrados (parrales), ya modernos como el naranjo y los productos hortícolas. Son las hoyas mediterráneas, las terrazas pluviales y las tierras de aluvionamiento de las zonas costeras. Hasta tal punto la presencia del agua determina las posibilidades de la agricultura, que allí donde aparece se difunden los cultivos escalonando en bancales las laderas de las montañas, dando paso, allí donde falta el agua, al paisaje semi-desértico, como en la montaña, ocupado por atochales.

Pese a la longitud de su fachada marítima y a la existencia de buenos fondeaderos, el mar ejerce poca influencia en el género de vida. Aparte Almería y Adra, solamente un reducido número de puertos (Roquetas, Carboneras, Garrucha) concentran alguna actividad marinera.

El almeriense es más terrícola que marino y aún los habitantes de la plana litoral, encuentran un medio de vida en la agricultura, a costa de grandes y prolongados esfuerzos. Por otra parte, el Mediterráneo es pobre en pescados y la pesca litoral sufre las consecuencias de una multisecular explotación; es preciso trasladarse a la vecina costa africana para obtener pesquerías más remuneradoras.

El municipio de Almería tiene una superficie de 293, 20 km².

La zona costera del término municipal de Almería abarca casi la totalidad del Golfo de Almería, que se extiende desde la Punta Elena hasta el Cabo de Gata.

Desde la Punta Elena sigue siempre la costa baja para el Norte, hasta el antiguo castillo de Roquetas del Mar. Aquí hay fondeadero para embarcaciones de todos portes, resguardado de los vientos SO-O. y NO. Al este y a 2,5 millas del castillo de Roquetas se encuentra la torre de los Bajos, así llamada por unas piedras que le salen delante, debajo del agua, inmediatas a tierra, figurando un puentecillo.

Poco más al norte de estas tierras empieza la costa escarpada al mar, en dirección N-NE, dos millas desde donde dobla para el E., haciendo una parte del saco del Golfo de Almería, hasta la punta de la Garrofa que es alta; sigue la occidental del fondeadero de Almería y en cuya cúspide se encuentra el castillo, hoy desmantelado, de San Telmo.

El fondeadero de Almería se extiende hasta la citada punta, en que principia una ensenada que tiene de saco para el N. poco más de media milla, en el fondo de la cual está la ciudad, desde donde tira la playa, al sur, hasta la punta del río, que es el fin del fondeadero y dista de la del Torrejón 2,5 millas.

El carácter accidentado del terreno y la escasez general de las precipitaciones, unido al carácter estacional de las lluvias, van a determinar el régimen hidrográfico. Un nuevo factor se une a los anteriores y ejerce decisiva influencia en este orden: la permeabilidad de los terrenos.

Limitada su red hidrográfica a los estrictos límites provinciales (ningún otro río procede de otra provincia, a excepción de pequeñas ramblas tributarias del Almanzora), la proximidad de las montañas a la costa impide la formación de ríos de largo curso. Son todos ellos de curso rápido a causa del gran desnivel y, sobre todo, los cursos altos aparecen encajados en profundas gargantas.

De régimen torrencial a causa de la desigual repartición de las lluvias a lo largo del año, semejan torrencias impetuosas en época de lluvia y, por el contrario, permanecen el resto del año completamente secos. Son verdaderos uadés, denominados "ramblas" en el país. Solamente dos de ellos, el Andarax y el Almanzora, presentan mayor caudal y aún así, captadas sus aguas para el regadío, no llega a desaguar al Mediterráneo.

Debido a su régimen, la acción erosiva es intensa, hecho que ha influido en la colmatación de las zonas bajas en que desembocan, donde han ganado terrenos al mar. Poblaciones como Pechina, puerto de la época romana y aún en la árabe, está situada hoy en el interior (cinco kilómetros). El río Adra (hoy regulado su cauce) creo, antes de su canalización en la zona baja de su curso, nuevas tierras en su albufera.

Abundan en la provincia las aguas subterráneas como consecuencia de la gran permeabilidad de los terrenos calizos, mantos subterráneos que llegan al mar donde afloran a veces en la misma línea de costa. Aguadulce, pueblecito de la Bahía de Almería, debe su nombre a la existencia de pequeños manantiales que afloran en la misma playa.

Estas aguas han motivado la moderna difusión de los regadíos (campo de Nijar y Dalías) a base de la perforación y apertura de pozos, se han realizado pocas exploraciones espeleológicas, pero la abundancia de aguas subterráneas, unido a la naturaleza de los terrenos, hacen suponer la existencia de simas de importancia. Algunas cuevas de las proximidades de la capital (estalactitas) confirman la suposición.

